

prestigio á la causa que defendían. Mientras los primeros, imponían préstamos excesivos donde quiera que llegaban, exigiéndolos sin piedad y extorsionando á los pacíficos habitantes, los segundos, teniendo en consideración el mal estado del comercio, de la propiedad y de la agricultura, sobre cuyos ramos pesaban todos los impuestos menguando diariamente la fortuna de las familias, carecían de lo más preciso para asistir á la tropa que tenían á sus órdenes, prefiriendo las privaciones, á cometer injustas arbitrariedades. Entre estos dignos jefes de la causa constitucionalista, se contaban Don Leandro Valle y Don Ignacio Zaragoza. Don Leandro Valle era un jóven de finas maneras, de instrucción y de valor que se hacía apreciable de todo el mundo por su moderación y tolerancia. Nada puede dar una idea más exacta de su honradez y de su sufrimiento, que las siguientes líneas contenidas en una carta escrita por él á su amigo D. Benito Gomez Farias, el 28 de Noviembre del año anterior, en Totolotlan y que más tarde cayó en poder de los conservadores. «Con el dador de esta,» decía, «de mando á »V. un *cosijo*, (1) si *cosijo* puede llamarse el jefe que de »sea para su cuerpo todo lo que necesita, á fin de pre- »sentarlo en el mejor estado de servicio. Le diré á usted »para que le sirva de norma, que á lanceros de Jalisco, »sino le falta todo, al menos se puede decir que nada »tiene, y por eso especialmente ha *besoin* de la protec- »ción de V. ¡Cuánto siento no haber nacido Rochil,

(1) Palabra que se usa en Méjico en uso de confianza, broma y familiaridad, para indicar impertinencia ó molestia.

»un Cheesman ó un monigote de esa especie! Estoy se- »guro que tendría, sino vestida mi brigada, sí al abrigo »de la intemperie; pero por mis desgracias nació Valle, »y mientras aquellos bichos están como avispas pega- »dos á la miel, yo estoy aquí encampanado, atenido á »lo que la caridad me deje buenamente, que será nada: »¡paciencia, paciencia y más paciencia! Para tenerla, »mándeme V. en primera oportunidad, si no le es mo- »lesto, un juego de ajedrez, porque ya me aburro. Sa- »be V. que le quiere de veras su querido pelón.—L. Valle.»

1859. Esta conducta honraba altamente á aquel jefe constitucionalista, pues revelaba su abnegación y la convicción que tenía de sus principios.

Los actos poco humanos y de arbitrariedad usados por D. Antonio Carbajal para proporcionarse recursos, tenían alarmados á los pueblos, y daban lugar á que la prensa conservadora, en los momentos del sitio, pintase á los sitiadores, sin excepción, con los más desfavorables colores. Sabido es que los ejércitos necesitan de grandes recursos para subsistir, y que los generales que los mandan necesitan recurrir á empréstitos onerosos y medidas extraordinarias en circunstancias excepcionales. El ejército de D. Santos Degollado, que sitiaba á Méjico, se encontraba en éstas, y se veía precisado á sacar de las cortas poblaciones y de las haciendas próximas á la capital, los medios de proporcionar á sus tropas todo lo necesario. De aquí el exigir ganado, dinero y semillas de sus habitantes, y la consecuencia natural de la ruina de muchos; pero esto, aunque doloroso, no era crítica-

ble; y si hubiera impedido que algunos jefes de guerrilla cometiesen acto ninguno de arbitrariedad contra los pueblos, nadie tendría derecho á censurarle.

Aunque varias veces se creyó, por los movimientos que desde la ciudad de Méjico se observaba hacían los liberales, que se disponía un ataque general sobre ella, pronto se supo que la última resolución tomada por Degollado, fué fortificar Tacubaya y los puntos más ventajosos, antes de emprender nuevas operaciones. Con efecto, el ejército sitiador empezó á levantar obras de fortificación en Chapultepec y en Tacubaya, demostrando así que se trataba de un sitio formal.

Entre tanto, el general conservador D. Leonardo Márquez que había salido de Guadalajara en auxilio de la capital, entró en ésta con una fuerte división el día 7 de Abril, á las diez y media de la mañana, siendo recibido en medio de los vivas, de los repiques de campanas y de los cohetes voladores.

D. Santos Degollado que perdió la oportunidad que se le presentó de atacar á la capital cuando se presentó en ella sin que hubiese dentro los elementos necesarios para resistirle, dejó, con su falta de resolución, en los venticuatro días que llevaba de estar frente á Méjico, que se fuesen reuniendo fuerzas que le obligaron á ponerse á la defensiva, haciéndole renunciar la ofensiva. Y no fué esto porque á Degollado le faltase valor y buen deseo, sino porque no era militar.

D. Leonardo Márquez, no bien se vió en la capital, contó las fuerzas que en ella se reunían, y calculando que eran suficientes para provocar á un combate á sus contrarios, dispuso, después de consultar con Mejía, el

comandante general de la plaza D. Antonio Corona y otros generales y jefes, salir á atacar á los constitucionales en sus mismas posiciones. Combinado el plan, á las cinco de la tarde del 10 de Abril, una doble batería establecida, por orden de D. Leonardo Márquez, en la falda de las lomas tras de Tacubaya, rompió sobre el molino de Valdes un vivo y nutrido fuego de cañón que duró hasta el oscurecer. El molino de Valdes y el edificio del Arzobispado en Tacubaya, eran los dos puntos más avanzados y más fuertes de los constitucionales. Cuando oscureció completamente se dejaba ver

1859. el continuo fogonazo de la fusilería en una
Abril. ceja de árboles de las lomas de Santa Fé,

más hacia el Sur, y cuyo fuego era contestado de un punto más inmediato á Tacubaya. El fuego de fusilería duró hasta las siete y media de la noche, sin que el fogonazo indicase avance ni retroceso de parte de ninguno. Se conocía que aquel había sido el prelude de una batalla sangrienta que debía verificarse al siguiente día. Todo quedó en calma, y sólo se escuchó uno que otro cañonazo hasta las nueve de la noche, en que cesó completamente la detonación de los instrumentos de muerte.

No bien brilló la luz del día 11, cuando los habitantes de la capital de Méjico subían á las azoteas de las casas y á las torres más elevadas de los templos, para presenciar la funesta lucha que iba á trabarse entre los dos ejércitos, contrarios en opiniones, y compuestos, sin embargo, de hijos de una misma patria. La primera luz del día brilló pura, sin que la empañase el humo de arma ninguna disparada: en el campo del general Már-

que no se notaba movimiento ninguno; pero pocos minutos antes de las siete, la escena cambió; y al canto de las sencillas aves que saludaban la mañana, sucedió, de repente, el horrible estampido producido por doce piezas de artillería que los conservadores tenían situadas en una de las lomas, y en el mismo punto del día anterior. Aquel fuego nutrido de cañón se dirigía sobre el Arzobispado de Tacubaya y el molino de Valdes, que como he dicho, eran los puntos más avanzados y fuertes de los constitucionalistas. Estos contestaron inmediatamente al ataque de sus contrarios, y la lucha se empeñó sériamente desde aquel instante. De repente se vió salir una columna conservadora, y dirigirse sobre el molino de Valdes, protegida por los fuegos de artillería. Estos cesaron en el momento que la columna se hallaba cerca de la posición contraria para no herir á los suyos, mientras la artillería de los liberales redobló sus disparos sobre los asaltantes. La columna conservadora que avanzaba, después de haber ejecutado diversos movimientos y evoluciones para envolver la posición de los liberales, se arrojó sobre ella con ímpetu violento. Entonces no se escuchó más que el ruido producido por las descargas de fusilería; los asaltantes y asaltados se hallaban mezclados, y, por lo mismo, los cañones no podían operar ya. La lucha fué tenaz y sangrienta; pero apesar de los heroicos esfuerzos que los defensores del molino de Valdes hicieron para conservar este punto, se vieron precisados á abandonarlo, dejando á los conservadores en posesión de él.

Entre tanto, las baterías situadas en la falda de la loma, seguían lanzando sus proyectiles sobre Tacubaya:

una parte de la fuerza allí situada, avanzó un gran trecho, formando el vértice de un ángulo cuyas dos líneas se dirigían al Arzobispado de Tacubaya y á la falda del bosque de Chapultepec, y situó en el intermedio de uno y otro punto, piezas de artillería que estuvieron enviando sus balas sobre ambos rumbos desde las siete y media hasta las diez de la mañana.

En Casa Mata se empeñó otra acción no menos sangrienta que la verificada en el molino de Valdes. Las fuerzas de D. Santos Degollado ocupaban aquel punto importante, con bastante artillería, infantería y caballería. Un escuadrón de Dragones del general Márquez, desprendiéndose de la línea en que este general tenía situados sus cañones más próximos á sus contrarios, avanzó hacia la expresada Casa Mata, y en seguida marcharon con dirección al mismo punto, pero por distinta línea, dos batallones de infantería. Los constitucionalistas recibieron á sus enemigos con un fuego vivísimo de cañón y de fusilería, que causó bastantes estragos; pero la lucha siguió por espacio de muchas horas, y con igual valor de una y otra parte, en otros puntos, y al fin, manifestándose contraria la suerte á los liberales, éstos se vieron precisados á dejar en poder de las tropas de D. Leonardo Márquez, el Arzobispado, todas las posiciones fuertes de Tacubaya, la Casa Mata, y por último Chapultepec, á donde se habían replegado.

D. Santos Degollado y su ejército deshecho, emprendieron la retirada, perseguidos muy de cerca por algunas brigadas que D. Leonardo Márquez destacó en su seguimiento.

Las pérdidas sufridas por los constitucionalistas fueron grandes, pues dejaron en poder de los conservadores treinta piezas de artillería, igual número de carros llenos de municiones, mucho armamento y doscientos prisioneros. También cayó en poder de los vencedores, la banda de general y la casaca de gran uniforme de D. Santos Degollado: casaca y banda que, á la izquierda de la puerta central del palacio de Méjico, fueron izadas al siguiente día en una vara muy alta, para que el público las viera. Un letrero de grandes caracteres, puesto en el palo, indicaba de donde procedían aquellos objetos con que se trataba de poner en ridículo entre la multitud al individuo á quien pertenecían. ¡Así en las guerras civiles los odios de partido, niegan á sus contrarios hasta la consideración que la urbanidad exige! ¡Flaqueza es esta que en todos tiempos y en todas partes ha tenido la humanidad! Lamentemos esa debilidad que sólo sirve para mantener vivos los odios y los deseos de venganza. La generosidad con el vencido, desarma el brazo del contrario; la burla y el menosprecio, engendran malquerencia y enemistad. ¿Por qué nos hemos de respetar las ideas de nuestros antagonistas, cuando queremos que todos respeten las nuestras?

1859. Poco antes de terminarse la lucha;
Abril. cuando se verificaban de una y otra parte hechos notables de combates personales; cuando los constitucionalistas hacían el último esfuerzo para no dejar el triunfo á sus contrarios, el general D. Miguel Miramon llegaba, en diligencia, á la capital, acompañado del ministro de la guerra, del general D. José Ma

ría Cobos y de dos ayudantes. Eran entonces las diez la mañana, y un repique á vuelo y una salva de 21 cañonazos anunciaron su presencia en la capital, al mismo tiempo que la toma de las posesiones que habían defendido los liberales. No bien bajó de la diligencia, montó á caballo, y acompañado de D. José María Cobos, y de varios jefes y oficiales, y con una escolta de caballería, salió á las once y media de palacio, atravesó la plaza de armas llena de gente que le victoreaba, y se dirigió al campo de batalla casi en los momentos en que ésta terminaba.

Ocupada la población de Tacubaya que había sido valientemente defendida por los liberales, Don Leonardo Márquez dió orden de que todo se reconcentrase en ella, y mientras el general Zires cumplía lealmente con lo dispuesto, Márquez se dirigió al fuerte de Chapultepec que había sido tomado por el batallón de Zapadores, á las órdenes del coronel Don Carlos Gagern. Márquez, después de hablar con los prisioneros hechos en aquel punto, iba á salir del fuerte para volver á Tacubaya, cuando se le avisó que llegaba al mismo sitio el presidente D. Miguel Miramon. Con efecto, Miramon se presentó á los pocos instantes en el lugar en que estaba Márquez, y éste le dió cuenta de la batalla de aquel día. Entonces el presidente, queriendo premiar al general Don Leonardo Márquez la victoria alcanzada, le dió, sobre el campo de batalla, el grado de general de división.

Pasado un momento, Miramon y Márquez, acompañados de algunos ayudantes y de una escolta de
1859. Abril. caballería, se dirigieron á Tacubaya, donde el

primero presenció el desfile de las tropas. Terminado éste, Miramon preguntó á Márquez por los prisioneros, á lo cual contestó el interrogado, que se hallaban presos en San Diego. El joven presidente hizo un movimiento como disponiéndose á marchar á verles; pero de repente pareció cambiar de idea, y tomó el camino de la capital. Márquez le acompañó, volviendo en seguida hácia Tacubaya. Cuando se encontraba á poca distancia de esta población, llamó la atención de los ayudantes y jefes que acompañaban á Márquez el ver á un oficial que á todo galope se acercaba á ellos procurando alcanzarles. Pronto logró su objeto, y al acercarse, reconocieron en él al teniente coronel Flores, ayudante de campo del presidente. El fatigado oficial sacó entonces un pliego, y se lo entregó á Márquez, diciendo que era de D. Miguel Miramon. El papel tenía el carácter de muy urgente, y Márquez, abriéndolo en seguida, vió que estaba todo escrito de la letra del presidente, y que su contenido era éste. «General en jefe del ejército nacional.—Excmo. Sr.:—En la misma tarde de hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de V. E., mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de la clase de oficiales y jefes, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte.—Dios y ley.—Méjico, Abril 11 de 1859.—*Miramon.*»

¡Funesta orden! La acción de Tacubaya había sido de las más reñidas; y como si no hubiera sido bastante
1859. la sangre vertida en el campo de batalla, se iba
Abril. á derramar, siguiendo el lamentable sistema de represalias, la de muchos que tuvieron la desgracia de caer prisioneros! Márquez guardó el papel; y al llegar á

Tacubaya, cumpliendo con lo que se le había ordenado, mandó que fuesen fusilados todos los individuos que habían sido hechos prisioneros en el campo de batalla y perteneciesen á la clase de oficiales. En consecuencia, fueron pasados por las armas el general don Manuel Lazcano y otros quince individuos más, no haciendo lo mismo con el general D. Feliciano Echevarría, el coronel Bello y otras dos personas á quienes el presidente D. Miguel Miramon indultó de la pena capital. Entre los que sufrieron la pena de muerte se hallaban dos estudiantes de medicina y algunos paisanos que habían ido de Méjico á unirse al ejército constitucionalista.

Dejando para más tarde el ocuparnos de estos fusilamientos de que el partido liberal hizo un arma terrible contra D. Lorenzo Márquez, sigamos cronológicamente el eslabonamiento de los hechos para que al darlos á conocer, el lector pueda juzgar acertadamente del espíritu que entonces respiraba la sociedad en general, y de las ideas que en ella reinaban.

Dicho tengo que para la sociedad laboriosa, los principios políticos, después de los terribles desengaños sufridos en todos, habían perdido el colorido encantador con que llegaron á seducir al presentarse por la primera vez. Defraudadas las esperanzas de los pueblos por los gobernantes de los distintos sistemas que se habían ensayado; agobiados continuamente por los ruinosos empréstitos así de los gobiernos como de los que los combatían, habían perdido la fé en los hombres públicos de los distintos bandos que se disputaban el poder, y sólo anhelaban la paz para poderse dedicar al